

## ASINACIO "ALFAR"

Palabras pronunciadas por JULIO J. CASAL, la noche del homenaje por los 25 años de ALFAR, sus bodas de plata con la cultura iberoamericana, que celebraron los escritores latinoamericanos en MONTEVIDEO, 1948.

Era ayer, Y hace 25 años. Galicia... Andaba un viento frío por las calles de la vieja ciudad cantábrica. Pero nosotros teníamos fuego en el corazón. Y para recorrer los caminos de la noche nos alcanzaba con la lámpara de nuestros versos. En un juego de peligrosa poesía nació ALFAR. Queríamos imponer nuestra religión de escritores y se entabló la lucha pero no nos importaba. Ya nos había dicho el pensador que "El Paraíso está en la sombra que proyectan las espadas". Ibamos en la pureza de nuestra verdad y ya sabíamos con el maestro, que: "Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras", y que el drama que vivíamos, nacía de nuestras convicciones, que nuestra faena iba segura en su acendrado fervor y en su presencia de espada. Fuimos creando nuestra soledad y nuestra embriaguez. Sabíamos con La Bruyère que "todo nuestro mal viene de no poder estar solos". Así nació ALFAR. Nuestro bosque no tendría la razón de sus árboles, pero se derramaba con su aliento propio. Pero pronto de todas las distancias nos alcanzó el lenguaje de la sangre, la esperanza de los nuevos, las abejas laboriosas de los consagrados: miel de Antonio Machado, de Miguel de Unamuno, de Gabriel Miró, y hasta nosotros fueron llegando Fernando Villalón con sus romances del ochocientos y al mismo tiempo ocultista con su actitud de misterio contra el número creador "de una aristocracia popular". Emilio Prados, venía de Málaga con su barco "devanando sus cadenas y peinando sus amarras". Vicente Aleixandre, desde Sevilla, diciéndonos que "la poesía es la salida a la única libertad". Y también de Sevilla, Luis Cernuda, dueño de su "Perfil del aire". Manuel Altolaguirre, abogado, obrero tipógrafo, uno de los más jóvenes, ya cantaba su voz de niño:

“Era mi dolor tan alto  
que la puerta de la casa  
de donde salí llorando  
me llegaba a la cintura.

Era mi dolor tan alto  
que miraba al otro mundo  
por encima del ocaso”.

Y Pedro Salinas con la aventura de su poesía hacia lo absoluto. Y Rafael Alberti el más nuestro de todos, nos envía desde Cádiz sus primeras colaboraciones. Ya en 1922 comentamos su premio Nacional de Literatura. En el jurado estaba Antonio Machado, poeta del sobrecielo y el subsuelo.

Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Juan Larrea, Moreno Villa, y ¡tantos! y bajando de su Granada, Fuente Vaqueros, envuelto en “su viento del sur” y con su maestro de la brisa “el chopo”, nos llegó también entre los juncos y la baja tarde, el más emocionado y auténtico poeta: Federico García Lorca. Nombres queridos, que como dice Rafael Alberti, “sin lastimarme... me están clavando una ribera de luz, dulce en mi pecho, haciéndome el alma navegable”.

Este español del éxodo y del llanto, el gran poeta León Felipe, por aquel entonces andaba por Africa. “Ya venía corriendo, corriendo por una larga pista de siglos y de obstáculos”, mientras en su día de veinticuatro noches, afinaba su memoria, para llevar bien la cuenta de las sombras.

Cuando se habla de “ALFAR” entre los pintores, Salvador Dalí, Esplandiú, Boreas, Francisco Miguel, Cebreiro, Abelenda, no podemos olvidar nunca el nombre de Barradas, que estará vivo, con su expresión única de creador, en nuestra fiesta de memoria.

Yo lo que he hecho, es ir recogiendo lo que se me daba, levantar en la arquitectura de una obra, el aire, la arcilla, el agua, que desde el paisaje del pecho me ofrecieron depurados y frater-

nales espíritus. Lo único que me toca en esta alegría de manos limpias con que trabajo, este difundir en mi propia voz la claridad auténtica de la jornada lírica de los otros que me han dado la bella actitud, yo la he situado, tratando que se vea su ardiente desnudez. El ejercicio de la creación y de la sensibilidad, es de todos. Lo que pudiera ser mío es el taller, la disciplina que exige, la preocupación constante del que necesita andar siempre moviéndose entre las altísimas vibraciones de los escogidos. Y no pido perdón, si a veces, entre tantas logradas formas que vuelan, se ha deslizado lo que por su naciente cántico no cabría aparentemente, en el secreto de equilibrio a que aspira esta revista. No olvidemos que no todo ha de ser creación. El primer rubor del cielo y el verde más inocente de la tierra, son los que atraviesan la piel del paisaje con una vena viviente de poesía. El muro ancho y definitivo será más fuerte, si deja posar en su piedra la ansiedad de los nuevos y el amanecer labrado con el sueño recién nacido, pero apretado de ternura de los que comienzan. Siento a instantes un afán presuroso de escaparme del drama de los que han llegado, y olvidando exigencias inclinarme sobre el mundo de los que, honrada y alegremente van desatando en el viento la arboleda de sus primeras voces. Es que ya mi luz comprensiva, como en el decir del Maestro: “a ser juez de los otros, va prefiriendo ser su amante”. Por eso a nuestro lado no han de estar solamente los que dialogan con la difícil y exigente vigilia. Hay un lugar también para los que aún sin ser los dueños de la obra perfecta, de medida grave, tienen tal autoridad de pureza, tanta categoría de sangre nueva, que ellos son los que verdaderamente echan sobre nuestra tierra de labor la más viva y humana semilla. Para ellos la más intacta y dulce hoja de nuestro agradecimiento. Torna ALFAR a dibujar en el espacio su anhelo, de recoger la señal de todos los que piensan y sueñan. Queremos presencias activas para que la obra permanezca. Adentrémonos cada vez más los unos en los otros, repartiéndonos el fervor y la fe, única manera de dignificar la sangre; porque al dar lo nuestro nos enriqueceremos con la lección depuradora que nace de la eficacia que da la refundición de todos los hombres en un solo hombre, es decir, de todos los espíritus en un solo espíritu.

El fervor nos alcanzará hacia la verdad en el vuelo de su más íntima iluminación. Y la fe es la que nos dará la arcilla y el obrador. Porque la fe es la garantía. Que se encuentren siempre nuestras manos cuando tendidas en el viento vayan a recoger la voz que nos llega desde aires distantes. Este agotarse en el sacrificio es un pretexto de luz para renacer y es una de las maneras que tiene el alma, como en el cantar de Moreno Villa, para ir siempre de “resurrección en resurrección”. Porque este oficio de pensar, vivo, de angustia, peligro y júbilo al mismo tiempo, es el que ahora nos ciñe en este círculo de sencillo y desatado fuego.